

VII.

Rebelion de Porras.—Colon abandonado por sus compañeros en la Jamaica.—Vuelta de los rebelados.—Peligros de hambre.—El eclipse de luna.—Sagacidad de Colon.—Guerra civil entre los españoles.—Llegada de un navio á la Jamaica.—Colon se embarca para Santo Domingo.—Su regreso á España.—Muerte de la reina Isabel.—Injusticia de la corte.—Muerte de Colon.—Su sepultura en Sevilla.—Traslacion de sus cenizas.—Su retrato.—Administracion de Ovando en Santo Domingo.—Espantosa despoblacion de la isla Española.—La reina Anacoana.—Perfidia de Ovando para con ella.—Bartolomé de las Casas en América.—Su ceta por la causa de los americanos.—El primogénito de Colon cita ante un tribunal al rey Fernando.—Gana el pleito.—Juan Ponce en Puerto Rico.—El perro Becerrillo.—Velazquez en Cuba.—Resistencia del cacique Hatuey.—Es quemado vivo.—Palabras que pronunciar antes de morir.—Una tradicion india.—La fuente de juventud.—Descubrimiento de la Florida.

MIENTRAS que Mendez y Fieschi arrostraban tan grandes peligros por socorrer á sus hermanos de la

Jamaica, esperaban estos con la mayor impaciencia la vuelta del que debia anunciarles la feliz llegada de su compañero á la isla Española. Fijos siempre sus ojos en el mar, se consumian en la angustia de tan dolorosa expectativa, hasta que llegando á desanimarse del todo, desesperaron de que Fieschi volviese y se persuadieron que los dos enviados habian perecido entre las olas. Forzoso era resignarse á morir lejos de su patria, pues ya no hay probabilidad de salir de aquella tierra que iba á ser su sepultura.

Lanzando entonces gritos de desesperacion, achacaron al almirante la causa de su desgracia; le acusaron de haberlos conducido á una muerte inevitable, y bien pronto á las quejas y maldiciones sucedieron clamores sediciosos y la rebelion tomó un carácter amenazador á la vida del almirante. El ciego furor de los insurreccionados necesitaba una víctima y Colon era la mas espuesta á los golpes de su estúpida venganza.

Hallábase retenido en cama por la gota, y tambien se hallaban enfermos muchos de sus partidarios; los que se encontraban sanos tomaron partido á favor de dos hermanos llamados Porras, jefes de la rebelion. El almirante se hallaba tendido en su lecho, cuando el mayor de los dos hermanos se acercó á él para preguntarle con insolente tono, por qué se obstinaba en no volver á España. Colon le respondió con mansedumbre que no deseaba otra cosa; pero que no encontraba medio de ejecutarlo, y que si se

le indicaba alguno, pronto se aprovecharía del aviso, añadiendo que de todos modos iba á convocar el consejo de oficiales para deliberar acerca del partido que conviniese tomar.

Esta respuesta dictada por la razon no satisfizo á Porras; al contrario, significó á Colon con mayor insolencia, que él no habia venido allí para escuchar sus discursos y que estaba decidido á partir en el mismo instante. Amigos míos, exclamó dirigiéndose á las tripulaciones reunidas, que salgan al frente los que entre vosotros quieran seguirme. ¡Estas palabras fueron señal de una completa rebelion, y casi todos se pasaron al lado de Porras, diciéndole: prontos estamos á seguirte! Colon, al escuchar estas palabras, salta de su lecho, y á pesar de sus dolores, á pesar de su debilidad quiere hacer entrar á los revoltosos en la senda del deber; pero sus criados, temiendo con razon que le matasen, le obligan á permanecer en medio de ellos y se oponen tambien al movimiento temerario de Bartolomé, que con espada en mano se precipitaba contra los rebeldes para castigar su traicion.

Entre tanto ellos, que habian cogido diez barquichuelos de los que los indios habian vendido al almirante, se embarcaron en ellos aprestándose para hacerse á la vela. Los que permanecian fieles á Colon, al ver estos preparativos se desesperaban, envidiando la suerte de sus hermanos á quienes consideraban como prisioneros que rompen sus cadenas; así es que hubo muchos que no pudiendo resistir á

esta prueba de su fidelidad, pidieron se les admitiese en las canoas, donde los recibieron de buena voluntad.

Colon y su hermano Bartolomé, espectadores forzosos de estas tristes escenas, no conservaron á su lado más que algunos sirvientes y los enfermos que no tenían fuerzas para seguir á los revoltosos. El almirante quiso dar las gracias á aquellos hombres que no le habian abandonado, y reuniéndolos al rededor de su lecho, les manifestó su gratitud en una tierna alocucion, exhortándolos á perseverar en tan nobles sentimientos, cuya recompensa obtendrian pronto con el fin de sus trabajos.

Los revoltosos se dirigian entre tanto á la punta oriental de la isla para ir desde allí hasta Santo Domingo: bajaron muchas veces á tierra cometiendo escesos de toda especie, robando y maltratando á los habitantes de los puntos donde desembarcaban. Se llevaron tambien algunos de aquellos isleños para que remasen en las canoas; pero apenas habian andado cuatro leguas, cuando se levantó un viento furioso, las mezquinas embarcaciones se llenaron de agua, y temiendo que se sumergiesen, trataron de aligerarlas arrojando los indios al mar.

Púsose en ejecucion este proyecto contra los indios, que huyendo de sus perseguidores se arrojaban tambien al mar; pero agobiados de fatiga volvian al rededor de las canoas agarrándose al borde para salvarse. No por esto se compadecian los que iban dentro, sino que temiendo volcasen las canoas,

les cortaban cruelmente las manos, y cayendo en el agua no tenían mas remedio que ahogarse. Muchos indios hubieran perecido de este modo si los españoles, conociendo que ni aun así podían seguir su viaje, no hubiesen resuelto volver á la Jamaica.

Mientras que estos hombres feroces señalaban su corta navegacion con el robo y el asesinato, Colon, cuyo valor nunca fué abatido por la adversidad, olvidaba sus propios padecimientos para cuidar á sus compañeros enfermos. Desplegando en su favor una solicitud paternal, tuvo el consuelo de ver su completa curacion, que fué en gran parte obra suya; pero nuevas dificultades que no habían podido prever, iban á aumentar los peligros de su crítica posición.

Hasta entonces los indios habían estado muy solícitos en traer víveres á los españoles; pero viendo que éstos no llevaban trazas de salir de Jamaica, empezaron á inquietarse temiendo que aquellos extranjeros consumiéndolo todas las producciones del país, redujesen á sus habitantes á una horrible escasez. Fortificado este temor con el recuerdo de los excesos cometidos por los rebelados, les determinó á suspender de improviso el surtido de los navíos, cesando de llevar víveres á los españoles, que se vieron amenazados del hambre.

Colon halló en sus conocimientos astronómicos y en su imaginación, fecunda en recursos, un medio de remediar esta desgracia y salir de apuros. Había previsto que iba á suceder muy pronto un eclip-

se de luna, y resolvió sacar partido de esta circunstancia para que los indios volviesen á los sentimientos de respeto y benevolencia que por tanto tiempo le habían manifestado. Avisó por medio de un salvaje que había traído de la isla Española, á todos los jefes de aquellos isleños, diciéndoles que tenía que comunicarles un negocio muy importante. Cuando todos los jefes acudieron á la cita que les había dado, les dijo por medio del intérprete, que él y sus compañeros conocían al Dios criador del cielo y de la tierra, que este Dios protector de los buenos y enemigo de los malos, dispensaba según su justicia las recompensas y penas, y que castigaria también á los que rehusasen á los españoles las cosas indispensables para su subsistencia. "Vuestro castigo, añadió, no tardará mucho en llegar; ya amenaza vuestras cabezas, y para anunciároslo, la luna, mensajera de la cólera celeste, saldrá esta noche con el rostro ensangrentado. Daos prisa á proporcionaros las provisiones necesarias conforme lo habeis hecho hasta aquí, ó temblad; preparaos á los mas espantosos desastres, que dando fin de vosotros os hagan expiar justamente el crimen de vuestra negativa y la dureza de vuestros corazones insensibles á la piedad."

Los isleños incrédulos, al principio se rieron de la prediccion; pero cuando al acercarse la noche fueron viendo que una oscuridad progresiva iba ocultando el disco de la luna, entonces los salvajes empezaron á temblar. Ya no se burlaban del almi-

mirante y vinieron atronando el aire con sus lamentos y espantosos gemidos á pedir á Colon intercediese con su Dios á favor suyo. Solo habia un medio de conjurar la venganza celeste, y era el comprometerse á traer víveres á los españoles, y los indios prometieron que nunca les faltarian. Entonces Colon les dijo que iba á interceder por ellos, y encerrándose en su cámara todo el tiempo que duró el eclipse, no volvió á presentarse á los jefes isleños hasta el momento en que la luna debia ir saliendo de la sombra. "No temais ya, les dijo; Dios ha visto con agrado que volveis á vuestros buenos sentimientos. Vuestro arrepentimiento os ha merecido el perdon de lo pasado, lo que se os anunciará también por la luna, que va á presentarse á vuestros ojos con todo su brillo acostumbrado." El cumplimiento de esta nueva profecía hizo profunda impresion en los indios, que admirando desde entonces al Dios de los cristianos, proporcionaron abundantes víveres á los españoles.

Hacia ocho meses que Mendez y Fieschi habian partido para la isla Española, sin que de uno ni de otro hubiesen vuelto á tener mas noticia sus compañeros que habian quedado en la Jamaica, silencio que daba margen á tristes conjeturas acerca de la suerte de aquellos hombres. Persuadidos los españoles de que habian perecido y desesperados por lo tanto de obtener socorro, los que aun no habian abandonado á Colon, ya trataban de reunirse á los revoltosos, que errantes por la isla, vivian de la ra-

piña y del pillaje, cuando un navío europeo vino á fondear á poca distancia de la costa. La sorpresa que causó á los últimos compañeros del almirante la aparicion de este buque, les hizo suspender el proyecto de su desercion. El capitán de la nave no tardó en desembarcar, y presentándose á Colon, le entregó de parte del gobernador de la isla Española una carta, un barril de vino y algunas provisiones que consistian principalmente en tocino: en seguida se metió en su chalupa, se volvió á su navío y se hizo á la vela para Santo Domingo. Colon no encontró en la carta de Ovando mas que las frases vulgares de una fria cortesanía.

La aparicion de aquel navío y su brusca partida eran un enigma para los compañeros del almirante: he aquí la clave de este enigma. Ovando, gobernador de la isla Española, que ya se habia desacreditado por su conducta respecto de Colon, abrigaba todavía sus envidiosos recelos del que miraba como un terrible rival. Temblaba solo con la idea de que volviese á España, porque sabia que el almirante reclamaria de nuevo la restitution de su título y sus funciones de virey de las Indias occidentales y que alcanzando justicia, haria perder al nuevo gobernador un destino que se hacia cada vez mas importante.

Le interesaba por consiguiente muchísimo el tener noticias positivas de la situacion del almirante, de sus apuros, y el mensaje y tardía remesa que envió á Colon, revelaban ya, segun algunos historiadores, los ocultos cálculos de Ovando; pero si se

ha de creer á otros, el gobernador de las Indias occidentales queria solamente y fuera de toda especulacion personal, cerciorarse del estado verdadero de las cosas, el que creia exagerado por interés.

No es del caso discutir aquí el valor de estas opiniones contradictorias; pero lo cierto es, que cualesquiera que fuesen las intenciones de Ovando, su carta no hizo mas que aumentar la perplejidad de Colon y sus inquietudes por la suerte de sus compañeros. Sin embargo, no se dejó abatir por este nuevo golpe y tuvo buen cuidado de ocultar á los que le rodeaban la situacion cada vez mas desesperada á que se creia reducido. Hasta fingió esperanzas que estaba muy lejos de tener, diciendo á sus compañeros, para esplicarles la partida del navío, que era muy pequeño para llevarlos á todos á la isla Española; que Mendez y Fieschi habian llegado con toda felicidad; que tenian orden de comprar por su cuenta un navío mayor que iba muy pronto á llegar para que todos se embarcasen.

Ya se habia visto anteriormente que Mendez y Fieschi habian llegado á la isla Española; falta decir por qué éste no habia podido volver á la Jamaica, conforme lo habia prometido. Ni la fatiga de tan penosa travesía, ni la calentura que le consumia desde que tuvo que permanecer en la roca aislada, donde este hombre intrépido estuvo á punto de morir de hambre, pudieran hacerle faltar á la palabra que habia dado á Colon de venir á traerle la noticia de su feliz llegada á la isla Española; pe-

ro en vano empleó, ya los ruegos, ya las amenazas, para determinar á sus compañeros á que le siguiesen; ninguno quiso esponerse de nuevo á los peligros de semejante viaje. Obligado á ir con ellos á Santo Domingo, unió sus esfuerzos á los de Mendez para que el gobernador les vendiese un navío en el que fuesen á buscar y traer al almirante y sus compañeros de infortunio. Ovando eludia su peticion, ó si les prometia satisfacer á ella, hallaba siempre frívolos pretextos para retardar el cumplimiento de su ilusoria promesa.

Colon entre tanto no podía sujetar á los revoltosos; su autoridad era desconocida, lejos de entrar en la senda de sus deberes, llevaron los sediciosos su audacia hasta el punto de exigir que el almirante pusiese á su disposición la mitad de los utensilios y efectos que habia á bordo de los navíos encallados, amenazando que vendrian á buscarlos con las armas en la mano, en caso que se les negasen. Colon negó altamente lo que le pedian y los sediciosos se prepararon á poner por obra sus amenazas.

Como sus dolencias impedian á Colon salir á campaña, envió á su hermano Bartolomé, al frente de cuantos se hallaban en estado de tomar las armas, contra los rebeldes que se venian acercando; pero con orden todavía de ensayar medios de conciliacion sin recurrir á las armas hasta que fuese atacado. Bartolomé conformándose á las órdenes del almirante, cuando avistó á los rebeldes les dirigió palabras

de paz y reconciliación; pero ellos se creyeron que Bartolomé tenía miedo, y atribuyendo sus razones á pusilaminidad é impotencia, trabaron el combate. Había entre ellos seis que habían jurado reunir sus esfuerzos contra un solo enemigo, atacándole exclusivamente y persiguiéndole sin cesar hasta que le viesen caer muerto á sus piés: el enemigo era Bartolomé; pero este digno hermano del almirante se defendió con intrepidez contra sus seis adversarios: despues, conduciendo su pequeña tropa y animándola con su ejemplo, se precipitó con tanta impetuosidad sobre los rebeldes, que los derrotó completamente: algunos fueron muertos, otros quedaron prisioneros y el resto debió su salvacion á la fuga.

Entre los rebeldes que se llevaron sujetos al navío, se hallaba Porras el jefe de los rebeldes, á quien el hermano de Colon desarmó por su propia mano; pero los fugitivos imploraron bien pronto el perdón del almirante, cuya generosidad conocian, y no invocaron en vano su clemencia, porque los perdonó. Así gracias á la firmeza de Colon, se restablecieron el órden y tranquilidad, y solo hubo castigo para los jefes de la rebelion, á quienes convenia tenerlos presos hasta que un tribunal fallase la pena que merecian.

Entre tanto Mendez y Fieschi acosaban con sus solicitudes al gobernador de la isla Española, para que les permitiese comprar un navío destinado al servicio del almirante. Sus instancias triunfaron al fin de la mala voluntad de Ovando, que les otorgó

el permiso que le pedian, temiendo tal vez la severidad de la córte si prolongaba con su negativa los apuros de Colon. Este vió al fin llegar á la Jamaica el navío comprado para él y se embarcó con toda su gente para Santo Domingo, alejándose de una isla en la que habia sufrido tanto por un año entero.

Ovando fiel á su pérfido sistema contra el almirante, habia dado órden de que fuese recibido en Santo Domingo con todos los honores debidos á su rango, á sus títulos y á sus servicios; pero mientras que prodigaba á Colon hipócritas homenajes, ponía en libertad á los jefes de la sedicion, á unos hombres que se habian atrevido á tirar de la espada contra sus hermanos y á quienes el almirante queria trasladar á España para presentarlos ante un tribunal. No contento con favorecer la causa d' estos criminales, queria intimidar á los españoles que habian permanecido fieles al almirante, amenazándolos con que iba á someter su conducta á un severo exámen, como si fuese un delito de que pidieran arrepentirse el haber sidofieles á Colon.

El almirante despreció estos nuevos insultos y haciéndose superior á sus ultrajes, no dió á entender al gobernador de la isla Española la indignacion que le causaba semejante conducta; pero se dió prisa á salir de un país cuyo descubrimiento parecia que el cielo queria hacerle expiar con infelicidades y desgracias de todo género. Así que estuvieron